

LOS MADRILEÑOS

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.ª izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
3 de Agosto de 1889.
NÚMERO 44

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

MANUEL MARÍA SANTANA

El propietario de *La Correspondencia de España* es uno de los pocos españoles de quien no es necesario escribir la biografía. Le conoce todo el mundo. Ciudadano probo y modesto, trabajador infatigable, tiene a vanagloria, y hace bien, recordar el modesto origen de su fortuna. El periodismo le ha enriquecido, y él á su vez ha hecho con su popular diario la fortuna y el nombre de muchísima gente.

Madrid debe á Santana la fundación de los *Asilos de la noche*. Esta benéfica institución hará que el nombre de su caritativo fundador pase á la posteridad entre las bendiciones de los desgraciados á quienes tan generosamente socorre, y es uno de sus timbres de gloria más legítimos.

¡Qué lástima que se duerma en la butaca las noches de estreno!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

• ATRASADO, 25 •

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO CÓMICO

Las cansas más pequeñas producen con frecuencia los más grandes efectos.

Muchas veces, lo que á primera vista parece nimio, baladí, estudiado con escrupuloso detenimiento resulta de una importancia y una trascendencia digna de tenerse muy en cuenta.

Así resulta del asunto que tratamos en esta Crónica.

D. Mamerto se paseaba hoscó y meditabundo por la habitación; de vez en cuando cerraba el abierto compás de sus larguísimas piernas, quedábase tieso y rígido, fijaba su mirada, cargada de tempestades, en un papel que estrujaba entre los crispados dedos, y murmuraba con acento colérico:

—Esto no puede ser, y no será.

¿Qué documento podía ser aquél que tan fuera de sus casillas ponía al integérrimo funcionario — porque D. Mamerto, aunque en modesta esfera, era un funcionario público, — y le hacía prorrumpir en sordas exclamaciones de cólera?

No tardaremos en saberlo.

—¡Manuela! ¡Manuela!

A los gritos de D. Mamerto, apareció en escena la señora.

—¿Dónde está la criada?

—En la cocina, llorando. Me ha dicho que no puede soportar tus injustas sospechas, y que se va.

—¿Que se va?

—Eso quiere; me ha pedido la cartilla y el importe de la mensualidad.

—¡Ni la cartilla, ni el dinero, nada! ¡Tiene gracia! ¿Conque se va? ¡Querrá decir que la echamos!

—Yo creo que no hay motivo.

—¡Basta, Manu! Tu buen corazón, y la bondad de tu carácter hacen que en esta casa no haya respeto, ni subordinación, ni moralidad. ¡Tú echas á perder á esas chicas!

—Pero, hombre, ¡si todas son iguales! Unas más, otras menos...

—¡Pues yo no quiero tolerarlas! ¡Lámalas.

—¡Rufina!

Entró Rufina, contra la costumbre, no era la criada de don Mamerto una gallega zafia y molletuda, ni una alcarreña torpe y desmanotada, sino una chulapa guapa y bien vestida, una morena de ojos grandes y aire resuelto, una hija de los Madriles, genuina representación de las *barbianas* de la Morería y la calle de la Comadre.

—¿Qué se ofrece?

—Que no sale la cuenta.

—Pues mándela usted salir. A mí ¿me duelen prendas?

—¿Si, eh? ¿De modo que se sostiene usted en que no sísa?

—¡Míste qué Dios! ¡Háblarme á mí de sísas! ¿De dónde ni cómo, hombre?

—Yo se lo probaré á usted. Sobre todo, lo de esta semana es inconcebible. Lo del petróleo no puede pasar.

—¿Entoría está usted con eso?

—¡Ya lo creo! ¿Dónde está la lata?

—¡Pero me va usted á dar la lata con la dichosa lata! Hace cuatro días que no habla usted de otra cosa!

—¿Como que es un escándalo!

—¡Pues yo no me la he comido!

—¿No?...

—En la despensa la tiene usted, llena de telarañas...

—¡Y vacía!

—¡Pues no, que estaría llena!

—¡Pues ahí le duele!

—¿Dónde?

—¡Cállese usted!

—¡Quiá, hombre, quiá! Tengo yo mi lengua muy suelta y muy fresca para decir las cuatro verdades, y no sufro ancas de nadie... ¡Pero de nadie!

—Y tiene usted valor para hablar, después de lo que arrojan de sí estos papeles!

—¡Papeles!

—¡Cuentas, las cuentas del mes, que me ha entregado la señora, y hay aquí sapos y culebras!

—¡Serán anguilas!

—No hablemos de la carne. Cara, mala, llena de luteso... falta en el peso... ni siquiera se ha sacrificado en el Matadero...

—¡A mí no me hable usted del Matadero!

—¡Usted no quiere que le hablen de nada! ¿Y el pan? ¡A todos los panecillos les falta la mitad!

—Sobre que yo no soy tahonero, ni llevo el peso en el bolsillo cuando voy á la compra!

—Pues debía usted llevarlo.

—Y un jamón!

—A propósito del jamón, Tampoco vale nada el que ha traído usted ayer. ¿Y el bacalao? ¿Y las verduras? ¡Eso es una porquería!

—Y á mí qué me cuenta usted, señor!

—¿Pues á quién se lo cuento? Usted bien gasta, y triunfa, y se divierte, y tiene un novio *soldado*, y la han visto á usted en la Virgen del Puerto, y en las procesiones, y en los toros, y en las verbenas...

—¿De dónde salen esas misas?

—¿De dónde? ¡Mace gracia! Pues, ¿de dónde han de salir, criatura? ¡De las papeletas de empeño! Tengo el baúl lleno de ellas...

—¡Si estoy empeñá hasta los ojos!... ¿Quié usted verlas, señorito?

—¡Bonita administración! ¡Llena de trampas!

—¡Mayormente eso le debe importar á usted muy poco... digo yo...

—Yo digo lo contrario.

—Bueno, ajústeme usted la cuenta, que ya estoy picando.

—Eso es lo que voy á hacer, y á exigirle la responsabilidad consiguiente.

—¡Ay! ¡Responsabilidad! ¡Que te coges! ¡Pues no lo ha tomado poco fuerte D. Mamerto!

—Vaya, que ya estoy yo harta de oír mamarrachadas! Diga usted pronto lo que tenga que decir, y haga lo que tenga que hacer: con el *cóngue* que á mí no me asusta usted, ni nadie, que de sobra sé yo dónde me aprieta el zapato, y tengo buenas alidabas donde agarrarme, y no me caigo yo tan fácilmente como usted piensa.

—Deja tanta charla y dime: ¿dónde está el petróleo?

—Yo qué sé... La lata ya le he dicho á usted que la tengo en la despensa.

—¿Cuándo la trajiste?

—No hago memoria.

—¿En qué la has gastado, si no has arreglado las luces?

—¡Cualquiera lo sabe! ¡Pues no es usted poco cominero!

—¿Lo ves? Aquí hay fraude, matute; tú no hablas claro, y estoy resuelto á llevar el asunto á los Tribunales.

—¡Cuidado si es usted lista! ¡Y mi qué me van á hacer? Si no está usted contento conmigo á si tiene usted desconfianza, mayormente, me paga usted el mes, me pone la salida, y me voy con mi madre hasta que encuentre otro acomodo, que si lo encontraré; y ahu, y no hablemos más, que no tengo la salta para gastarla en balde, ni el tiempo para perderlo en tonterías. ¡Vaya!

Y Rufina dió un respingo, se frotó con energético ademán las narices con el revés de la mano derecha, y salió de la sala pisando fuerte y con aire de reina ofendida.

—¿Lo ves, Mamerto, lo ves? se aventuró á decir la bondadosa doña Manuela, que había escuchado en silencio toda la escena anterior.

D. Mamerto no la contestó. Guardó cuidadosamente los papeles que aún conservaba en la mano; se pasó el sombrero, empuñó el bastón, y acercándose á su mujer, la dijo con acento misterioso:

—Manuela, adiós, me voy á la oficina. Si esas chicas se quiere marchar, pónle la salida. Si se quiere quedar, que se quede.

—¿Pero?...

—¿Cualquiera pone eso en claro! ¡Conste que á mí me falta petróleo! Eso es lo indudable.

—¿Y qué quieres hacer?

—¡Que traigas otra lata!

D. Mamerto se marchó tranquilamente.

—¿Qué ocurrió después? ¿Salió la Rufina de la casa?

No hemos podido averiguar nada.

—¿Dónde está la gravedad que, según usted, tenía la Crónica de esta semana?

—Ahí verán ustedes. ¿Les parece poco grave el estado en que se encuentra en Madrid el servicio doméstico?...

Y aun todos los servicios. Pues burla burlando, bueno es que nos ocupemos de todas estas cosas; porque *las chicas* van tomando unos humos... ¡Y se toman unas libertades!...

¿Como que cualquiera podría creer que ellas son los amos! ¿O las anas? — E. NAVARRO GONZÁLEZ.



Ojo al... sello.

Quelamos coloradas
no se olvidará.
(Cáiz - Año II.)

U para que no nos falte nada, ya tenemos falsificados los sellos de correos de á 15 céntimos... ¡Pues no faltaría sino que faltara esa falsificación, aquí donde todo se falsifica!

Como en casos parecidos acontece, los periódicos diarios nos han dado tan agradable noticia, indicando además, para que el público se entere, las diferencias que distinguen estos sellos (ó timbres, como los nombra la Dirección general de Estancadas, con permiso de la Academia) de los de la verdadera tía Javiera.

Las diferencias, para mayor esparcimiento de los poseedores de sellos, tienen toda la vaguedad apetecible: que el grabado del fondo y el del busto tienen las líneas muy separadas; que el óvalo que sirve de marco al busto es más estrecho; que el número 15 del precio es mucho más pequeño, diferenciándose notablemente los caracteres de las palabras *céntimos*, y *Correos* y *Telégrafos*; que el grabado es muy tosco y completamente distinto... y paren ustedes de contar.

Pero, señores, por los clavos de Cristo; ¿sirven para algo esas indicaciones? Vamos á suponer que un desdichado tiene en su poder algunas docenas de sellos, y con esa noticia en una mano y los sellos sospechosos en la otra, se propone averiguar si son legítimos ó no lo son los susodichos *fiabres*...

¿Cómo sabrá si las líneas del busto y del fondo están muy separadas?

En esto del *muy* caben opiniones; nada hay que sea mucho ni poco *per se*, sino respectivamente, decía D. Heródotes, y tenía muchísima razón; lo que á mi me parece mucho, parecerá poco á otros, y viceversa: y por lo que respecta á las líneas del sello, de seguro que al propietario han de parecerle muy separadas, aunque están muy próximas, porque á quien tienen miedo los dedos se la antojan huéspedes.

¿Y qué me dicen ustedes de la estrechez del óvalo? ¡Cualquiera sabe cuándo el óvalo empieza á ser estrecho, cuando á un óvalo puede decirse con razón que no es ancho!

De la tosquedad del grabado no hablemos, porque eso es más indefinido y más vago todavía que todo lo anterior. Toscos y muy toscos son todos los grabados de nuestros sellos (dicho sea sin ofender á nadie) que al cabo, como por ahí repite el vulgo, «el que dice la verdad ni peca ni miente» (aunque lo primero es muy discutible). Y no se diga de ese *más* y ese *menos* que hay en las diferencias, porque admitiendo que las indicaciones sean exactas, suponen la posesión de sellos legítimos y sellos falsificados para establecer la comparación.

Demos ahora de barato que el desdichado á que anteriormente me he referido, pueda ó no pueda adquirir sellos legítimos... Ya los tiene, ya puede compararlos con los otros, ya viene en conocimiento de que los que compró antes no sirven: ¿puede ó no puede, si era poseedor de buena fe, esperar que le sea devuelto lo que indebidamente pagó por los falsificados, previa, como es lógico, la indicación de su procedencia?

Esto, esto es lo que á mi juicio debía decir la Dirección de Estancadas: lo demás, ¿para qué? Y todo lo que no sea eso es cometer una injusticia, porque injusticia ha sido siempre hacer que paguen justos por pecadores.

Adquiero, es un suponer, mediante el pago de unas cuantas pesetas, unos sellos de cuya legitimidad no tengo duda, y contra cuya falsificación no tengo defensa: ¿por qué ha de ser castigado en mí un delito que otro ha cometido? Y lo que digo de los sellos, lo digo de los billetes de Banco, de los cuales he oído contar que se falsificaban también, aunque hasta mí no han llegado hasta ahora ni aun los falsificados.

El Banco debe recoger, pagando su valor, nominal por supuesto, cuantos billetes falsos estuvieran en poder de personas de buena fe, sin perjuicio de perseguir, como dicen los vendedores de específicos, á los malos falsificadores.

¡Pero váyales usted con esas cosas á los señores acolonistas del Banco!

¡Como si eso fuera lo mismo que cobrar dividendos!

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

A...

Me preguntas lo que es esa mirada
que unifica dos seres...
Y yo, que no sé de esto casi nada,
te diré que es la fe glorificada
que tienen en los ojos las mujeres.

JOSÉ FRISSA.



Una visita.

Vais á comer, y tenéis que comer en media hora, porque os aguardan para daros dinero.

—¡Tilín, tilín!

La campanilla.

—No están los señores, dice la criada.

—Para nosotras siempre están, dicen las de Machacón.

Y se cuelan en la sala una mamá, tres niñas, cuatro nenes y dos perros.

Hay que recibir á los invasores. Porque si no ¡qué diría el mundo!

—¡Hola, doña Pancracia! ¡Cuánto bueno por acá! ¡Hola, Eduvigis! ¡Adiós, Teodulfa! ¿Qué tal, Filomena? ¿Y los niños? Tan famosos, y tan primorosos, y tan... (mocosos).

—Para servir á ustedes. La criada no quería dejarnos pasar; pero como somos de confianza, dijimos: «¡adentro con los faroles!» ¡Je, je!

—¡Je, je! Le diré á usted: la criada no tiene la culpa; no ha hecho más que obedecer la consigna; á estas horas nunca estamos en casa, porque es la hora de comer, y yo, por mis muchos quehaceres, apenas tengo tiempo para...

—Ya lo sé, ya lo sé. Hemos venido precisamente á las ocho, porque así tenemos la seguridad de encontrarlos á ustedes. Y luego, como nosotros comemos á las tres, nos viene bien salir á estas horas á dar una vuelta y á distraernos.

—Son ustedes muy oportunas. ¡Cómo estará la sopa!

—Pero no nos gusta estorbar. Pasaremos al comedor.

—¡Nada de eso! Aquí estamos perfectamente. ¡Se comerían hasta el mantel!

—¡Groseros! ¡Yo que pensaba tomar un bocadito! Y ¿qué tal de salud?

—Regular.

—Nosotras, siempre firmes.

—Ya lo veo. A ustedes no las parte ni un rayo.

—¡Y con un apetito! A ver si entienden la indirecta.)

—Eso es bueno.

—Los niños, sobre todo, como están ahora desarrollándose, siempre tienen ganas de comer.

—Es natural.

—Cada cinco minutos, «¡mamacita, pan! ¡mamacita, fruta! Parece que les ha hecho la boca un fraile.

—¡Todo es posible.)

—No se dan por aludidos.)

—¡Estáis frescos.)

—Y ¿qué tal de negocios?

—Como siempre: vamos pasando. ¡Cómo estará la sopa!

—Machacón dice que no hay ni un real.

—Lo creo.

—Niño, bájate de ahí.

—¡Á buena hora!

—¿Qué has roto, condenado?

—No es cosa mayor. (El jarrón que me costó veinte duros.)

—Estos niños son tan bulliciosos... No se pueden estar quietos.

—¡Así se muera de repente!

—Pero á su edad todos éramos lo mismo.

—Es cierto: por eso mi papá nunca me sacaba de casa.

—¡Se apollillaría usted!

—Quiero decir que nunca me llevaba de visita.

—Pues yo no soy así: no quiero confiar mis hijos á las criadas; adonde yo voy, van todos.

—La soja tras el caldero.

—¡Ja, ja!

—(Hasta las groserías les divierten. No hay medio de echarlos.)

—Y á todo esto, se les estará enfriando la sopa.

—¿Quién piensa en la sopa? Si no comemos hoy, comeremos mañana.

—¿Qué bromista es usted!

—¡Mucho!

—Pero vamos al comedor...

—¡Qué disparate! Aquí estamos bien.

—Sentiríamos molestar...

—Nos molestamos con mucho gusto.

—Tengo tanto placer en visitar á ustedes...

—Lo mismo digo.

—No lo dudo.

—Á la vista está.

(Pausa de diez minutos. Los niños se entretienen agujereando las cortinillas con los dedos. Uno de los perros hace sus desahogos mayores debajo de sofá. El niño menor hace los menores encima de una butaca.)

—Nenes, ¿tenéis gana de alguna cosa?

—¡Yo quiero pan!

—¡Yo quiero liigos!



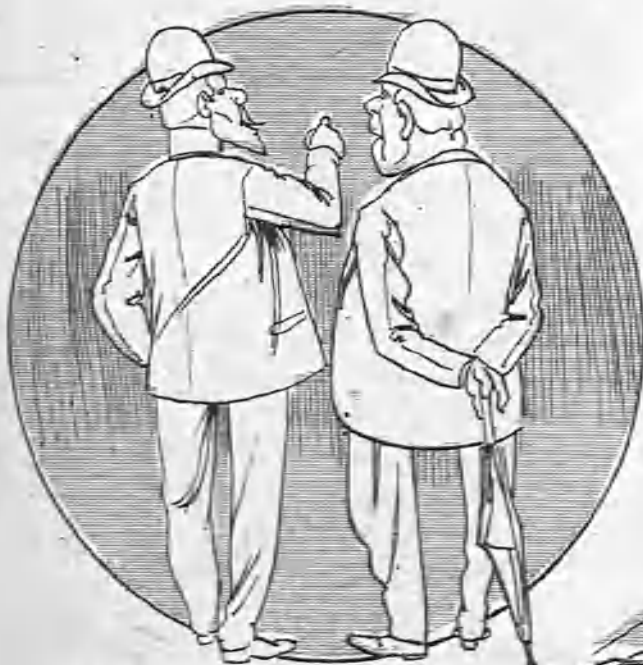
MENUDENCIAS



—No, señor; no es que me dé vergüenza bañarme, porque afortunadamente no estoy tan delgada...
—¡Quisiera yo verlo!



—Yo sí que puedo decir que me rozo todos los días con lo más escogido de la aristocracia.



—¿Conque dice usted que aquella es una mujer? ¿Y cómo se llama?
—Pepita La Cerda.
—¡Gorrino!



—Será capaz de entregarme á los Tribunales. ¡Parece mentira que castiguen por una cosa tan natural y tan propia!

MENUDENCIAS



Los que se preocupan de lo que no les importa.

—¡Qué barbaridad! ¡El papel egipcio ha bajado tres enteros! Mal andamos con Egipto.

—Tengo así como el presentimiento de que yo la conozco á usted hace tiempo. ¿Usted ha sido soltera alguna vez por casualidad?



—Pero si usted no se ha emborrachao nunca, ¿qué sabe si yo lo estoy? Se necesita conocer prácticamente estas materias pa juzgar con solidez.
—U con liquidez.



—Ella no puede tardar en venir, y en seguida le largo aquello de *¡no es verdad, ángel de amor!*... Como es de pueblo, no lo habrá oído nunca, y le parecerá que lo estrena.

— ¡Yo quiero uvas!
 — ¡Yo quiero dulces!
 — ¡Qué francotes son estos muchachos!
 — Es verdad, y crea usted, doña Pancracia, que siento no poder taparlos la boca: pero no hay en casa nada de lo que piden.
 — ¡Ja, ja! ¡Qué gracioso!
 — Ni pan, porque aún no ha venido el panadero.
 — ¡Qué poquisima educación y qué descarol!
 — ¡Chúpate esa!
 (Pausa de cinco minutos. El niño menor dice que tiene hambre, y llora.)
 — ¡Pobrecito! Ahora te compraré un bollo en la calle.
 — Sí; en la calle encontrará usted de todo.
 — (Está visto que de aquí no hemos de sacar nada.)
 — (Creo que se van.)
 — Pues, señor, me parece que aquí estorbamos.
 — ¿Estorbar? .. Ustedes no estorban en ninguna parte.
 — Vámonos. Ya tendré el gusto de volver otro día...
 — El gusto será nuestro.
 — Adiós.

— Adiós, doña Pancracia. Adiós, Eduvigis; adiós, Teodulfa; adiós, Filomena; adiós, nenes... (de Barrabás).
 — (Creo que no debemos volver a esta casa.)
 — ¡Dios mío! ¡Que no vuelvan!
 — ¡Qué indecentes!
 — ¡Qué posmas!
 — ¡Nunca nos ha pasado esto!
 — (A ver si aprovechan la lección.) ¡Por fin! Así se rompan las narices en la escalera. Vamos á comer. ¡Cómo estará la sopa!

Y digo yo: ¿Quiénes son más tontos? ¿Los que hacen la visita, á los que la aguantan? ¿Qué ley social, qué precepto del sentido común puede autorizar y justificar este martirio que se imponen voluntariamente personas antipáticas unas á otras?
 Imitemos á los que no tienen casa y á los que no reciben en ella. Recordemos lo que contestó el malogrado Eduardo Inza á uno que le preguntó dónde vivía: «Si yo supiera dónde vivo, me mudaba en el acto.»

A. LLANOS.

EPISTOLA

Recibí tu cartita, Mercedes mía, esta vez muy curiosa, muy satinada, y, cual siempre, causóme loca alegría ver tu letra incorrecta y entortijada llena para tu padre de poesía.

Que en tus *tuertos* renglones, que se parecen á escrituras hebreas, persas ó chinas, con los besos de tu boca, mi bien, se mecen, y al mirarlos se escapan por las esquinas y llegan á mis labios, y me enloquecen.

¿Conque te vas mañana, vidita mía, á Santander, dejando la hermosa vega llena de verdes tonos y de alegría, donde con tus cabellos la brisa juega, donde todo es encanto, luz y armonía.



y te vas á las ferias, vas á los toros, á los bailes campestres y otras funciones que son reminiscencias de *tiempos moros*? Más vale que te fueras á los sermones, mañinas y completas, gozos y toros.

Que los gozos del mundo son pasajeros, que de tránsito estamos sólo en la tierra, por la que caminamos, tristes viajeros, con la impiedad en cruda y eterna guerra, de la que sólo triunfan los más austeros.

Conque pocos teatros, pocas funciones, y á remojarte pronto la taleguilla, á darte muchos baños, pares ó nones, y á no enseñar, Mercedes, la pantorrilla, porque siempre en las playas hay tiburones.

J. FUENTE ANDRÉS.

DESDE EL BOULEVARD

El Shah de Persia!
 Este es, hoy por hoy, el único atractivo, la *great attraction* de París.

La verdad es que hay motivo para que el Shah despierte la curiosidad de este pueblo (el más novelero de los que conozco), y sobre todo en una época en que las curiosidades están á la orden del día.

Un Soberano que tiene cuatro esposas legítimas y ochenta concubinas, y es padre de cien hijos.

Tal es el emperador de Persia.
 Potencia de primer orden.

Un hombre que lleva puesto un gorro cuyo penacho está formado de piedras preciosas como puños, y entre las cuales está uno de los diamantes más gordos del mundo.

¿Cómo no han de abrir ojos tamaños para mirarle ellos, y ellas sobre todo?

Un guerrero cuyo sable vale millones por sus cincelados y las piedras que cubren su empuñadura.

¿Cuánto más digno de admiración es ese sable que el de Boulanger, por ejemplo?

Boulanger, que busca un plebiscito que le aclame César, y no ha conseguido votos para diputado provincial más que en ocho distritos.

El sable del *brav général* va estando ya tan estropeado como el sable de papá, y los ingleses, los verdaderos *ingleses* están ya á punto de *ejecutarle*, adelantándose á la *Haute Cour* del Senado, porque el dinero no afluye ya á las cajas boulangieristas, y el papel *dictadura* ha dado un bajón descomunal.

Después de todo me alegro, porque este General de opereta me tenía ya hasta el pelo.

Eran ya muchos retratos suyos y mucho *réclame*.

¡Si al menos hubiérase tratado de un premio de belleza!

Peró no divaguemos.

Volvamos en sí, que dijo una de nuestros políticas en cierta ocasión.

Volvamos al Shah.

No se habla de otra cosa.

De sus costumbres conyugales.

Ya dejo apuntado lo excelente padre de familia que es. Y lo que son las anomalías! la dinastía de que es hoy representante Nasser-Eddin fué fundada por un sunuco.

Verdad es que este inofensivo Monarca tuvo la oportuna idea de perpetuarla, cediendo la corona al bisabuelo del Shah que hoy tenemos en París, y que logró verse reproducido seiscientas veces.

No sé si los niños le darian muchos disgustos á aquel Soberano; pero del actual se dice que sus cien retoños se los ocultan muy á sus espaldas.

Una de las más graves preocupaciones de este *padrazo* (dicen que lo es con exceso) se debe á que su primogénito no podrá heredar el trono por haberlo tenido de una esclava, lo cual impide que herede la corona, que recaerá en un segundón nacido de una de las cuatro esposas legítimas que modestamente se permite Nasser Eddin.

Naturalmente, ya hay dos partidos preparando una guerra civil para cuando el Shah actual cierre el ojo.

La raza de los carlistas se desarrolla en todos los climas.

El Shah es gran aficionado á los gatos.

Tiene de ellos una colección casi tan numerosa como la de hijos, y á todas partes le acompañan unos cuantos de sus ministros preferidos, con numeroso personal á su cuidado.

Esta afición se extiende á todos los animales, y en especial á las fieras.

Bidel mismo envidiaría su colección.

Cada una de ellas disfruta de una asignación que figura en presupuestos, ni más ni menos que si se tratase del sueldo de un Mansi.

Asignación no finge, pues recientemente la que disfrutaba un tigre de Bengala, que se murió de aburrido, tué á parar á un príncipe de la sangre.

Nadie negará que ese príncipe tiene un sueldo feroz.

Peró lo que más preocupa á los parisienses es el pajeillo misterioso que constantemente acompaña al Shah, y á cuyos caprichos se rinde como un esclavo el Soberano persa.



Unos dicen que es un niño encontrado en situación y circunstancias dignas de un melodrama.

El Shah estaba de caza. No crean ustedes que este señor se divierte en caza tan poco digna como la del sencillo conejo ó del inocente cervatillo. Nassr-Eddin no caza más que el tigre; y es más, ninguna de las personas á que suele invitar á tales cacerías puede tirar sobre las piezas que se presentan. Hay que respetarlas para que S. M. las mate, si puede, y dejarse devorar sin defensa si el tigre le ha tomado cariño al pescuezo de un invitado. El respeto y la etiqueta persas lo exigen así.

En una de estas expediciones, como iba diciendo, el Shah, sorprendido por una tormenta, se refugió en una especie de cabaña tallada en el tronco de un árbol gigantesco.

Al entrar encontró á un niño de unos doce años, en estado salvaje, que salió huyendo ante la presencia del augusto cazador. Este quiso retenerlo, pero el muchacho se le escapó y echó á correr campo adelante.

El Shah salió tras él. No bien había puesto el pie fuera de la cabaña, cuando el rayo la destruyó. Nassr-Eddin, supersticioso como todos los orientales, creyó que éste era un suceso providencial y que debía la vida al rapax de tan extraño modo hallado.

Lo recogió, lo hizo adoptar por una de sus esclavas favoritas, y lo ha hecho príncipe de su real casa, profesándole un cariño ciego y creyendo que es un talismán, una especie de *masento* que le trae la felicidad.

Hasta aquí una versión.

Otra es que el paje es una circasiana, preferida á cuantas favoritas cuenta el Soberano en su harén. No queriendo sepa-

rarse de ella, ni tampoco dar en los países europeos, de tan opuestas costumbres á las de Persia y otras tierras de babuchas y odaliscas, el espectáculo de pasearse con una querida del brazo como cualquier sietemesino veranea con una *momentánea*, ha hecho vestir de hombre á su circasiana y la ha agregado á su inmediato y privilegiado servicio.

Yo tengo esto último por lo más seguro.

Lo cierto es que en el palacio de la rue Copernic, que se ha preparado suntuosamente para alojar al Shah y su séquito, las habitaciones de éste comunican directamente con las del paje misterioso, que son el *boudoir* más coquetón y encantador que mujer oriental y occidental pudiera soñar.

Queda otra versión, que también ha corrido por ahí en bocas y periódicos, y que no me atrevo á revelar.

Basta decir que, según ella, la circasiana sería simplemente un... *circasiano*.

Pero no lo creo.

Todas las *horizontales* de París sueñan hoy con dos cosas. Con el gorrito de los diamantes del Shah.

Y con la idea de llegar á la categoría de paje misterioso.

¿Quién sabe si alguna lo conseguirá y el Shah se llevará un recuerdo de la Exposición á su harén como cualquier honrado provinciano se lleva una torre Eiffel para la mesa de despacho!

Misterios son todos éstos del corazón y del paladar musulmán!

BLASCO.

París 1.º de Agosto de 1889.

Retazos.

Adán y Eva, si pecaron con simpatía los dos, no fué por faltar á Dios, á quien siempre respetaron. Si no es que... lo que monteca... solos... y entre tanto encantó... ¡quién no hubiera hecho otro tanto! — ¡Pues es claro! — ¡Me parece!

EUSTAQUIO CABEZÓN

Atomos.

¿Que si he llorado?... Sí, musa adorada, mira, he llorado tanto... que ya es doctor en llanto el vellón que rellena mi almohada. Masa rubia, he sufrido lo inmenso, lo cruel, lo indefinible; la causa fué... ¿cuál fué? La di al olvido. Ha tiempo sentí plaza de insensible.

NAVARRO REZA

Cantares.

Si por mis gotas de sangre pretendes contar mis penas, me harás morir desangrado y no acabarás la cuenta.

Para mirar tus cabellos lentes oscuras me pongo, porque son rayos del sol, y me lastiman los ojos.

EDUARDO GARCÍA

PROPIO Y AJENO

MEDALLA DE LA PRENSA

ANVERSO

Un Semanario muy popular en Londres, *Tit-Bist*, ha hecho un ofrecimiento, que da idea de cómo entienden el negocio los ingleses.

Ha prometido hacer á los hospitales un donativo de un millón de reales si durante el año corriente su tirada media es de 500.000 números.

El periódico se vende en la calle á 10 céntimos, y su tirada ordinaria debe oscilar entre 300.000 y 400.000 números.

En muchos puntos de Inglaterra se han organizado sociedades para estimular á la gente á que compre ó se suscriba al *Tit-Bist*, aumentando de este modo la circulación del periódico y asegurando, por lo tanto, á los hospitales el donativo del millón.

Tit-Bist se fundó hace seis ó siete años con un capital de 10.000 reales que un amigo prestó á su propietario. Hoy éste es un millonario é individuo de la Cámara de los Comunes.

REVERSO

Un Semanario muy popular en España, *Madrid Cómic*, dice en su último número:

«Sepan ustedes que estamos, como siempre, haciendo propaganda del periódico.

»Y que remitimos paquetes de muestra á los vendedores de provincias.

»Y que les avisamos de que, hagan el pedido que quieran, pueden devolver los ejemplares que no vendan; de modo que no hay perjuicio posible para ellos.

»Pues bien: ¡hay hombres que viven de eso, de vender periódicos, y que nos devuelven los paquetes sin abrirlos, creyendo, sin duda, que dentro llevan una máquina especial para sacarles el dinero del bolsillo!

»Ahora díganme ustedes si en un país en que nadie quiere trabajar, ni con exposición ni sin ella, puede prosperar ninguna industria.

»Voy á empezar á enviar paquetitos á Cafrería, á ver si allí son las personas más avisadas.»

COLGANTE

A una medalla como ésta le hace muchísima falta un cordoncito para colgarla, y allá va en dos pedazos.

Los MADRILEÑOS, que también hace su correspondiente propaganda, ha tropezado con un Corresponsal *modelo*.

Recibió un paquete, vendió los ejemplares y, sin aguardar á recibir otro, envió su importe y estas líneas.

«Aunque he vendido *enseguida* todos los números, no manden ustedes más paquetes, porque en el saco que llevo á correos para recoger los periódicos no me cabe el de Los MADRILEÑOS.»

Y ¡es claro! hasta que no le quepa en el saco, no vuelven aquellos vecinos á leer este periódico.

Lo mismo que en Londres, ¿es verdad?

Se nos ocurre una idea: copiar á *Tit-Bist* ofreciendo otro millonaje para los hospitales y entregarlo religiosamente en cuanto llegemos á vender los 500.000 ejemplares.

Y, que en España pueden venderse, no cabe duda... ¡entre 16 millones de habitantes!

Conque ya lo saben ustedes: á organizar sociedades, como en Londres, para estimular á la gente á que compre y se suscriba á Los MADRILEÑOS.

Libros.

La España Moderna ha publicado el tomo VII, correspondiente al mes de Julio.

Contiene trabajos de Clarín, Barrantes, Pardo Bazán, Becerro Bengoa, J. Lázaro y otros notables escritores.

Nuevamente recomendamos al público esta Revista.

Pajaritas de papel es el título del tomo XII de la *Biblioteca cómica*, que ha reanudado su publicación.

Los versos de Borrás y los monos de Cilla harán pasar un buen rato á cuantos dispongan de una peseta para adquirir este volumen.





—Oigasté, señora ú lo que sea: ¿quié usted que me suba las faldas pa que sepa lo que es limpieza y no me vuelva á llamar gorrina?

ANUNCIOS RECOMENDADOS

LIBRERÍA

DE LA

VIUDA DE POZO, É HIJOS

Obispo, 55, Habana.

Agentes en Cuba para la suscripción y venta de

Los Madriles.

F. Serrano de la Pedrosa.

LA MUJER, EL MARIDO Y LA VECINA

NOVELA FESTIVA

Un lujoso volumen con ilustraciones en color,

DOS PESETAS

LIBRERÍA

DE

ORTEGA Y VÁZQUEZ

Primera de Santo Domingo, 12,
MÉXICO

Agentes en la República mexicana para la suscripción y venta de

Los Madriles.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos Norte y Sur del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y 30 de Cádiz, y el 10 de Santander.

Línea de Colón. — Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá, y servicio á Méjico, con trasbordo en Habana.

Un viaje mensual, saliendo de Vigo el 25, vía Puerto Rico, Habana y Santiago de Cuba. Salida de Barcelona el 15.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de África, India, China, Conchinchina y Japón.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro viernes, á partir desde el 11 de Enero, y de Manila cada cuatro sábados, á partir del 5 de Enero.

Línea de Buenos Aires. — Un viaje cada dos meses para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz cada ocho semanas, á partir del 31 de Enero.

Línea de Fernando Póo. — Con escalas en la costa occidental de Marruecos.

Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

Servicios de África. — Costa Norte. — Servicio quincenal. Salidas de Cádiz los días 16 y 30 para Tánger, Algeciras, Ceuta y Málaga, y retorno de Málaga el 12 y 25 con las mismas escalas.

Costa Noroeste. — Servicio mensual de Cádiz á Larache, Rabat, Casablanca, Mazagán y Mogador.

Servicio de Tánger — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía expide pasajes y admite carga para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los señores Ripoll y compañía, plaza de Palacio. — Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*. — Madrid: don Julián Moreno, Alcalá, 33 y 35. — Santander: Señores Angel B. Pérez y Compañía. — Couña: Don E. da Guarda. — Vigo: D. Antonio López de Neira. — Cartagena: Señores Bosch hermanos. — Valencia: Señores Darr y compañía. — Málaga: D. Luis Duarte.